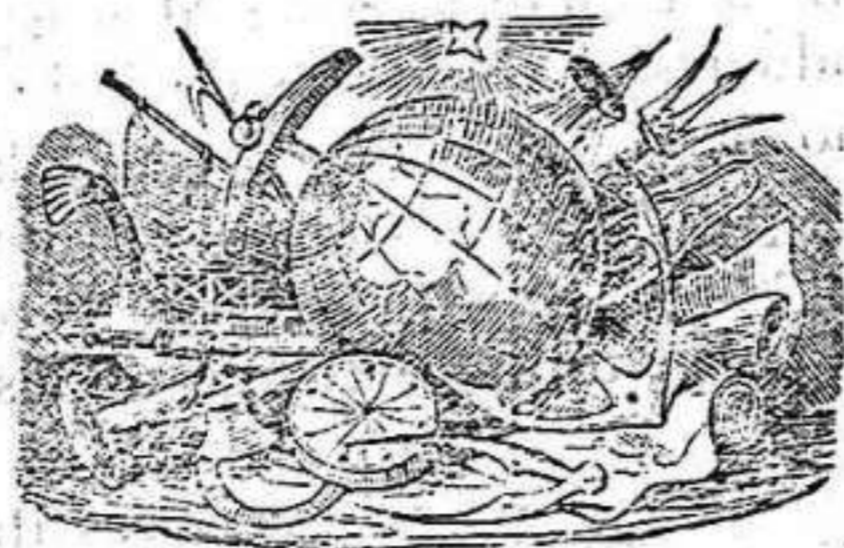


ALMAACHEN
DE FRUTOS LITERARIOS.



Semanario de Palma.

DOMINGO 12 DE MARZO DE 1845.

Historia.

CARLOS III.

Con justicia censuran los escritores contemporáneos el método estrecho y miserable observado por nuestros antepasados para escribir la historia, y con razon les achacan la imperdonable falta de haberse limitado á narrarnos las vidas y las hazañas de los reyes, echando en olvido y pasando en silencio las costumbres y los adelantamientos de las naciones. Empero estos mismos escritores que tan inflexibles se muestran con sus abuelos, han incurrido en otro error y cometido otra falta, que si era disimulable en los pasados siglos, es inmerecedora de indulgencia en el presente, al que tanto se le menudean los adgetivos de filósofo é ilustrado.

Consiste la falta que anunciamos en no haber considerado dignas de su pluma, si no las épocas aquellas en que han brillado grandes hombres ó aquellas en que los acontecimientos ocurridos han ido acompañados de grande es-

trépito y universal admiracion. Todos los dias vemos multiplicarse los volúmenes que nos hablan de Carlos V y Felipe II; y como si no fuera tan maravillosa la caída de los imperios como su encumbramiento; como si no fuera tan sobrenatural la máquina enlenque de los pigmeos como la robusta musculatura de los gigantes, apenas encontramos algunas páginas donde verter amargas lágrimas á la infeliz memoria de los demas príncipes austríacos: todos los dias vemos reproducirse las pinturas de Luis XVI de Francia y Carlos I de Inglaterra, y como si no fuera tan terrible la muerte de un monarca destronado, ocurrida en pais extranjero y al son de las risotadas de los circunstantes, como la de otro monarca que deja su cabeza en el cadalso, apenas se nos dice que Santiago II, penúltimo vástago de los Estuardos, pasó á mejor vida en San German.

Semejante conducta, naturalísima en escritores ateos, es grandemente impropia de filósofos cristianos. Estos últimos debieran haber considerado que al enviar sus gefes á las naciones, la alta sabiduría de aquel Dios, sin cuya voluntad ni las hojas de los árboles se mueven, lo mismo les adorna con grandes virtudes, que les afea con repugnantes vicios, si así lo requiere la naturaleza de los sucesos cuyo cumplimiento se ha decretado para aquella época. Tan manifestamente se deja ver la Providencia cuando arrancando de las entrañas de los bosques al feroz Atila le arroja sobre la Europa y destruye por su brazo su carcomida civilizacion, como se deja ver cuando habiendo colocado en el trono de la Gran-Bretaña, á aquel monarca estúpido, que declaró la guerra á las creencias de sus pueblos, le esteriliza sus proyectos reaccionarios, haciendo que sea tan imprudente y desacertada su política, que ponga en la boca de sus defensores mas acérrimos los cardenales y pontífices aquellas significantes espresiones: «Forzoso será escomulgar al rey Santiago, si no queremos que nos arrebate con sus desaciertos el poco catolicismo que nos queda en sus reinos.»

No ha sido esta la manera de juzgar de nuestros historiadores; y el desprecio que les han inspirado los príncipes que nacieron con apocado ánimo y limitado entendimiento les ha hecho retroceder ante el hechizo de Carlos II, y ha impedido que se nos diera una idea cabal de su reinado. No seremos nosotros seguramente los que neguemos las miserias y ruindades de que se halla atestada esta página de nuestra historia; ni mucho menos seremos de aquellos que no viendo sino la piedad y el religioso celo de este monarca, le califican de príncipe excelente porque fué devoto, y le creen dignísimo del cetro porque quizás fué digno del incensario. El mismo Dios que convida con el reino de los cielos á los pobres de *corazon*, manifestó que queria para el reino de la tierra magnánimos adalides, cuando escogiendo á David para gefe de su pueblo le hizo vencer primero á su enemigo en singular batalla.

Pero no basta que el monarca sea impotente para que se pasen en silencio los acontecimientos que ocurren durante su dominacion; y la época de Carlos II no fué tan estéril que no dejase nada para el historiador. No nos detendremos en pintar la rapidéz increíble con que iba desapareciendo del mapa político la antigua monarquía de nuestros padres, ni presentaremos prostrado en el suelo y sin fuerzas para jemir al mismo leon, cuyo rujido ensordecia en otros tiempos á todo el globo: otros sucesos acaecieron en aquel período de nuestra decadencia, que no siendo tan ruidosos han sido menos examinados, y que debieran sin embargo haberse atraído la atencion de los historiadores. Uno de estos, y quizás el mas importante, fué la abolicion tácita

de la antigua institución de las cortes; abolicion tanto mas digna de examinar cuanto fué mas estraña por haberse verificado en el reinado del príncipe mas débil, y cuando mas quebradizo parecia el cetro. Nosotros no podríamos comprender ni los principios del reinado de Felipe V, ni la resistencia tenáz opuesta á los Borbones en algunas provincias, si no procurásemos averiguar antes las causas que pudieron contribuir á la no convocacion de nuestros procuradores.

Varios han sido los escritores que nos han dado cuenta de tan singular acontecimiento, y á pesar de la admiracion de todos ellos, al ver derribado por una mano tan sin fuerza como la de Carlos II aquel antiguo cuerpo, que aunque escaso de poder desde la época de Carlos V, habia sido consultado diferentes veces por sus sucesores, ninguno se ha detenido á examinar las causas que produjeron semejante anomalía, contentándose los mas investigadores con anunciaros algunas que pudieron motivarla. Señálase entre otras el ejemplo venido en aquellos dias de allende los Pirineos, y créese generalmente que sin la presentacion de Luis XIV al parlamento no habieran dejado de ser convocadas nuestras ciudades; pero esta causa estrangera no podia ser tan eficaz como suponen los que la alegan, y aun nos atrevemos á afirmar que no podia influir de manera alguna en la marcha administrativa de España. Precisamente los españoles combatian en aquel tiempo el giro político de las ideas francesas, y su gobierno tenia por malo todo lo que venia de aquel pais. Y no podia menos de suceder así, porque el gobierno español, partidario acérrimo de la corte pontificia, miraba con ceño á la Francia, que si caminaba á pasos de gigante á la monarquía pura, mas que á costa de los derechos de los pueblos era á costa de los pretendidos de la tiara.

Sabido es que estableciendo Luis XIV por medio de sus clérigos el derecho divino de los tronos, y asentado como máxima indudable que los reyes recibian sus coronas directamente de los cielos, habia arrebatado á los pontífices la consideracion política y el poder temporal que habian tenido sus antecesores. Esta doctrina del clero frances y del soberano de aquella nacion, habia desagradado á la mayor parte de nuestros teólogos; y estos que eran los únicos que dominaban la conciencia de nuestro monarca, le habian hecho concebir una ojeriza invencible contra la Francia entera. La influencia que han tenido los franceses en España no tuvo comienzo hasta la agonía de Carlos II y el encumbramiento del primer Borbon: hasta entonces no habia recibido otras inspiraciones que las de Roma.

Pero no son estas las razones únicas que enervan esa opinion que atribuye á influjos de la Francia la no convocacion de los procuradores españoles. El movimiento hácia los gobiernos absolutos era general en aquellos tiempos: la Europa habia visto en poquísimos años la restauracion en Inglaterra; la constitucion realista de Carlos XI en Suecia, y la abolicion del gobierno popular en Dinamarca. No por eso diremos que la Dinamarca, la Suecia y la Inglaterra verificaron este cambio político por ajenas influencias: cada uno de estos pueblos tuvo sus causas para verificarlo, como las tuvo y robustísimas nuestra patria: recorramos los acontecimientos contemporáneos, y veremos confirmado nuestro aserto.

DON JUAN DE AUSTRIA.

Siendo de menor edad el príncipe D. Carlos á la muerte de su padre Fe-

lipo IV, quedó la monarquía á merced de la reina viuda y de la junta consultiva nombrada para ausiliarla. Aunque el gobierno era difícilísimo en las apuradas circunstancias en que la nación se encontraba, no faltaban ambiciosos que aspiraban á él, mas por deseo de solazarse en su regazo, que por el ansia noble de sacrificarse por su causa. Contábase entre los pretendientes mas fogosos el padre Everardo Nitart, favorito de la reina, y el infante don Juan de Austria, que se habia trasladado á la corte desde Ocaña, deseoso de quedarse en ella para siempre. Era el primero un religioso de la Compañía de Jesus, aleman de nación, que habia sabido grangearse con su afectado celo por el trono el aprecio de la madre del monarca, y que á los empleos de inquisidor general y consejero de Estado habia reunido el poderosísimo de confesor de S. M. Don Juan de Austria era un hijo bastardo de Felipe IV, que envanecido con su nacimiento, y orgulloso con las hazañas que habia acometido durante la guerra con el Portugal, conspiraba abiertamente contra la Regencia, y alimentaba en secreto la atrevida esperanza de ceñirse un dia la corona.

Hostigados de su ambicion estos dos personajes, no perdonaban medio alguno que pudiera acrecentar su influjo y acercarlos con su acrecentamiento al término de sus afanes. El padre Everardo acumulaba con este objeto cuantiosísimas riquezas, y repartia las cátedras y los empleos mas influyentes entre sus cólegas de religion, colmando de mas honores á los que mas adictos se mostraban á su persona: el infante, cuyas miras eran mas elevadas se presentaba en público muy á menudo, revestido de toda la pompa de su clase, y procuraba atraerse á la muchedumbre ostentándose popular y generoso.

Estas demostraciones de D. Juan y los sentimientos que habia manifestado solicitando para su lecho á las hijas de los príncipes mas poderosos de Europa, y manteniendo correspondencia no interrumpida con las córtes estrangeras, alarmaron á la reina viuda y á su consejero espiritual, y dieron mayor fuerza al odio inestinguible que ya de antiguo se profesaban. No se atrevian sin embargo, á despecho de sus deseos, á desterrarle de Madrid, tanto porque no se les presentaba un pretesto plausible para ello, quanto porque temian á sus adictos, cuyo número se aumentaba cada dia. Tampoco el infante, que correspondia al odio de la reina y de su confesor con otro odio igual al suyo y de raices mas profundas, se atrevia por su parte á declararse contra su gobierno, temeroso de que abortasen sus planes y quedasen frustradas sus esperanzas.

En tales circunstancias vino á despertarles del aparente letargo en que yacian un ruidoso acontecimiento, funestísimo para España, que lejos de encadenar las bastardas pasiones que en la corte se alimentaban, no hizo sino desatarlas mas pronto y con aciagas consecuencias. Prevalido el monarca frances de la debilidad de nuestras fuerzas, y deseoso de ensanchar su poderío, suscitó la cuestion sobre el estado de Brabante, y alegando por todo argumento político que la reina su muger, no habia podido renunciarle, se valió de la razon de las armas, y se hizo dueño de la Chatelania, Lila, Duay-Oerchei, Fornay y Forney, la Atra, el Bailage de Fornos, el Bailage de Bergas, la plaza de Charle Roi y toda la Borgoña.

Este acontecimiento que debia haber unido los encontrados pareceres de nuestros cortesanos, fué celebrado con júbilo y algazara en el palacio de nuestros reyes; y no porque creyesen los palaciegos en una victoria fácil y gloriosa, sino porque proporeionaba á la reina regente y al padre Everardo el suspira-

do momento de alejar á D. Juan de su presencia; Dominados por esta idea, que tornaba á sus corazones la calma que el influjo del infante les habia arrebatado, llamaronle á la junta consultiva inmediatamente, y tomando la palabra S. M. procuró halagarle, invitándole á que se pusiera al frente de las tropas, y partiera para Flandes á castigar el desacato de los franceses. No agrapó al bastardo de Felipe IV aquel honor que se le dispensaba, y penetrando los misterios que envolvía una invitacion tan inesperada, cuidóse de reprimir su enojo y contestar en tono festivo, mas con palabras llenas de intencion y de veneno. — «Ni un momento, le dijo á la reina, vacilaria en marchar á Flandes, si no hubiese entre nosotros personas mas dignas de tan elevado puesto. Entre nosotros se encuentra el padre Everardo, y pocos habrá que duden de nuestro triunfo si toma sobre sus hombros esta comision. — Quizás, respondió el padre jesuita, amostazado con las razones de D. Juan, quizás si mi estado me lo permitiera, volveria con la victoria auxiliado de la Providencia. — No sé por qué razón os da escrúpulos vuestro estado, le replicó el infante; siempre habeis sido religioso, y á fé, á fé, que adornos veo sobre vuestros hábitos que no os sientan mejor que os sentaria la espada.»

Mas que bastante fué este brevísimo diálogo para enconar los ánimos de los consejeros; y probablemente hubiera terminado la conferencia con desagradables demostraciones, si entrando el de Austria en cuentas consigo mismo, no hubiera reflexionado que le convenia para sus fines colocarse á la cabeza de un ejército y aceptar el mando de la expedicion que se proyectaba. Hizolo así, y saliendo á pocos dias para Galicia, punto destinado al embarque de sus tropas, dejó á la reina y á su favorito contentísimos con el logro de su obgeto, y á la España entera impaciente por ver coronado de laureles al hermano de su monarca.

Mientras se alimentaban estas esperanzas, entreteníase la corte contemplando desde las boardillas á un cometa de estraordinario cuerpo que aparecia todas las noches bajo la figura de una espada, y en consultar á los astrólogos sobre el modo de aplacar aquel cometa que creia un anuncio de la cólera divina. Mas poco tiempo habia trascurrido desde que se notó por primera vez esta aparicion, cuando ya tuvieron los habitantes de Madrid que bajar los ojos que habian fijado en las estrellas, para clavarlos de nuevo en la tierra que les ofrecia otro acontecimiento, precursor mas infalible de males mas positivos: acababa de ser puesto en prisiones D. José Malladas, hidalgo aragonés, amigo y partidario de D. Juan, y habíasele dado garrote en el mismo instante sin sacarle de la cárcel, en virtud de una orden escrita de la Real mano.

Tan atroz atentado contra las leyes inflamó de nuevo á los partidos, y abrió un campo vastísimo á los comentarios y á las hablillas. Decíase por unos que la muerte de Malladas habia sido un asesinato cometido por instigaciones del padre Everardo, y contestábase por otros que el hidalgo aragonés habia sido enviado por D. Juan para asesinar al santo confesor de S. M., apoderarse luego de la Reina y proclamarle soberano. Pero entre los varios rumores que circularon hubo uno que no carecia de fundamento, y que justificó la alarma de la regente, aunque de ningun modo el castigo del aragonés: afirmábase que entre otros de los papeles encontrados en la maleta del hidalgo habia un horóscopo del infante, en el que se le anunciaba la corona, y esta voz no era completamente infundada, puesto que tal era entonces y habia sido siempre el augurio favorito de todas las personas de su séquito.

Tras este suceso que tanta sensacion habia hecho en los corazones, vino otro que acabó de conmovellos. Detenido D. Juan en el reino de Galicia, ya sea porque las fuerzas enemigas que le acechaban le hubiesen impedido la partida, ó ya porque habiendo meditado nuevamente su situacion creyese malograr el éxito de sus proyectos separándose de la península, hizo renuncia de su destino en 27 de junio de 1668, y la reina que no juzgó bastante la falta de salud que pretestaba á tan extraño procedimiento, le confinó á Consuegra por decreto del 3 de agosto del mismo año.

Asi andaban las cosas de estos reinos, cuando los primeros pasos del niño rey y la educacion que se le daba hacian prever los desastres de su reinado. Ocupábase S. M. en visitar conventos; divertíase en imitar el canto de las monjas, y no disfrutaba de otro espectáculo que preparase su ánimo para el gobierno, que del que le ofrecian los melindres y las hipérboles de los locutorios. El 24 de octubre dia que tenia destinado á pasear los claustros de la Concepcion francisca, presentóse en palacio el capitan D. Pedro Pinilla, á la hora misma en que iban á salir SS. MM., y habiendo solicitado y obtenido una conferencia con la reina madre, resultó de ella la prision inmediata de D. Bernardo de Patiño, hermano del secretario del infante. Esta prision no hubiera dado motivo á ningun género de sospecha, si no hubiera sido seguida de una orden pasada al marques de las Salinas, para que trasladándose á Consuegra verificase la del confinado; empero dióse esta orden, y aunque no se encontró á D. Juan, como se esperaba, y solo pudo saberse su fuga por una carta que habia dejado escrita, se agitaron profundamente los bandos encontrados, y se apercibieron para el combate si alguno de ellos le provocaba.

D. Juan á su vez no habia rehuído la manifestacion de sus pensamientos al escribir la carta que dejó para S. M.; fingía en ella respeto y veneracion á la regencia; mas ya no disimulaba el encono de su corazon contra el P. Everardo, ni disfrazaba los planes que tenia forjados contra su persona.

Esta carta y lo que habia acontecido anteriormente, dieron una animacion y una vida á la corte de Carlos II, que ni parecia propia de aquel siglo, ni de aquellos degenerados españoles que tanto habian olvidado su primitivo orgullo y su pujanza. El padre jesuita y la reina regente mandaban apresurar el proceso formado contra el bastardo, los partidarios de este escribian folletos en su defensa, que circulaban, ya impresos, ya manuscritos por entre todo el pueblo; sus enemigos tambien imprimian por su parte apologías del confesor real y sátiras contra el infante; y Madrid presentaba entonces un espectáculo parecido al que ofrecen en la actualidad la imprenta ministerial y de la oposicion en los gobiernos representativos.

Lleno de esperanzas el de Austria con el maravilloso efecto que produjo su primer escrito, y convencido de que habia brillado el dia de su triunfo, rompió las trabas con que él mismo por prudencia habia contenido los ímpetus de su ambicion, y dirigió proclamas subversivas á las ciudades de voto en cortes, anheloso de atraerlas á su partido. Este paso tan osado y revolucionario sedujo á las provincias, fascinó á los pueblos y llenó de tal pavor á la reina y á su privado, que les obligó á transigir con su enemigo, llamándole á las inmediaciones de la corte para negociar con él, y ofreciéndole su amparo y proteccion. Dudó el infante si admitiria este ofrecimiento; mas conociendo que era hijo de la cobardía y que favorecia á sus intereses su aproximacion á Madrid, resolvióse á salir de Cataluña, y emprendió su viage escoltado de al-

guna caballería que el duque de Osuna le había cedido. Este viage fué un paseo triunfal: los pueblos todos se apresuraron á victorearle como á su libertador, y á prorumpir en imprecaciones contra sus perseguidores. Los bulliciosos festejos con que le halagaron los zaragozanos, y las esperanzas que se leían en los semblantes de sus adictos al saber que volvía al frente de alguna tropa, hicieron conocer á sus adversarios, aunque muy tarde por desgracia suya, que no había sido el mejor medio el escogitado para conjurar la tempestad que les amenazaba, y que esta, apiñada ya sobre sus cabezas, iba á estallar y á dispersarles.

Efectivamente sucedió así: apenas había llegado D. Juan á Guadalajara, cuando ya pidió la remoción del padre jesuita y su destierro de la monarquía. En vano quiso la Reina resistir esta petición; crecía por momentos la efervescencia de los ánimos; ardía por instantes el fuego de los partidos, y contrariar todo lo que un pueblo deseaba sin tener soldados aguerridos prontos á reprimirle, hubiera sido comprometerse á sí misma y esponer á la capital á las terribles consecuencias del desenfreno de la muchedumbre: cedió pues S. M. como lo aconsejaba la prudencia, y libertó á la corte de los males que contra ella se agrupaban. Pero la separación del P. Everardo no calmó al bastardo de Felipe; su alteza no le había perseguido sino porque su privanza le servía de estorbo, y desembarazado con este primer triunfo lanzóse á los que le faltaban; no ya como un infante celoso del esplendor del trono, sino mas bien como tribuno que anhela inaugurar un sistema para que le colocasen á su frente, y le proclamasen su gefe los seducidos. Su primera tentativa despues de alcanzada la espulsión del confesor, fué pedir la formación de una junta, en la que admitiéndose observaciones por escrito de todos los ciudadanos, se procediese al alivio de los impuestos, y otras varias reformas en la administracion y en la milicia. Semejantes exigencias eran ya escandalosísimas, y la reina no podía acceder á ellas sin degradarse, aunque se hallaba sin fuerzas para sostener su negativa: la formación de la junta que pedía D. Juan ofreciendo colocarse á su cabeza, era mas que reunir las córtes, mas aun que consultarlas; era crear un cuerpo de nueva especie para convertirle á su tiempo en tribunal político que dominase al monarca y á los poderes legítimos del Estado. Tal fué sin duda la interpretación que se dió en palacio á tan atrevido proyecto, y esta la causa principal de que se mandase levantar gente y formar una coronelia destinada á conservar el orden en la coronada villa, y servir de guardia á la Real persona; mas la muchedumbre que es cuando padece, lo mismo que los enfermos de muchos años que renuncian desesperados á la medicina y vuelan llenos de fé tras del empirismo, no pensó lo mismo que la corona, y arrebatada de entusiasmo por la junta del bastardo se propuso defenderla á todo trance, persiguió de muerte á la tropa que se había creado para el sosten de la autoridad soberana, y las calles de Madrid se vieron mas de una vez regadas con la sangre de soldados inocentes.

De esta manera y sorprendiendo la voluntad del monarca, logró el infante apoderarse del gobierno poco á poco, hasta que pudo por último desterrar á la reina viuda, y remover con su destierro todos los obstáculos que se le oponían.

No se busque en naciones estrañas á vista de estos acontecimientos la causa de no haber sido convocados los procuradores del reino en el primer período de este reinado; motivo fué, y suficiente, la alarma continua de la

corte, el pavor que infundían los proyectos de D. Juan y el espíritu de oposición que iba condiendo en los pueblos. La reina viuda y la junta consultiva tenían fijos los ojos en la revolución inglesa, habían visto las negativas de las cámaras á votar los subsidios, y estremecidas ante el cadalso de Strafort y Carlos I siguieron el movimiento absolutista que estos desmanes justificaban, y rehusaron convocar unas cortes que se habian convertido en Inglaterra en tribunal de muerte para sus reyes. Por eso decia entonces D. Francisco Ramos de Mauzano, *que debían escusarse en todos tiempos reuniones de esta naturaleza, y mucho mas en tiempos turbados y gobiernos de menor edad.*

Dueño absoluto de la monarquía con el destierro de la reina madre el bastardo de Felipe IV, no escatimó diligencia que pudiese contribuir á afianzarle en el poder; empero su talento, que semejante á navaja de afeitar, segun la calificación que hizo en aquella época D. Alonso de Cárdenas, era solo bueno para sutilezas, no supo dirigirle en el gobierno. Elevado á él como tribuno por medio de asonadas y comprando la popularidad con promesas lisongeras á la muchedumbre, quiso convertirse luego en una especie de dictador, y flaqueáronle las fuerzas para tamaña empresa. Intentóla sin embargo separando de sus destinos á todas las personas que pudieran resistirle, y colocando en su lugar á las que se le manifestaban parciales; mas fué tan poco diestro en su primer paso; anduvo tan desacordado en sus primeras promociones, que lejos de lograr afianzarse con ellas, no hizo sino desacreditarse á los ojos de los pueblos. Ni podía suceder de otra manera á la vista del escándalo con que abatía á los españoles mas beneméritos para encumbrar á los mas indignos. La destitucion de Villahumbrosa de la presidencia de Castilla y el nombramiento del canónigo Puente-Montecillo, la separacion del príncipe de Parma del vireinato de Cataluña, el espurgo que hizo en la Real casa de los antiguos empleados, sustituyéndolos con otros de categoría mas humilde, y mas que todo el desarreglo de la hacienda que habia prometido contener y que acrecentó con su impericia, hicieron que, trocando los españoles su adhesión antigua en desprecio presente, mirasen al que habian creído decoroso sucesor del otro bastardo de Austria como un ambicioso sin méritos que solo para provecho propio habia halagado á la multitud. Así fué que á poco tiempo de haber escalado el gobierno, ya decían sus desengañados admiradores aludiendo á la pasada privanza del jesuita Nitart.

Dennos por fé y testimonio

Que el rey y reino se vende,

Y que por huir de un duende

Hemos dado en un demonio.

Este descrédito en que iba cayendo D. Juan con sus primeras disposiciones, acrecentábase mas y mas á medida que se hacia mas palpable la contradicción de su conducta como aspirante al mando, y su conducta como dueño de él. Su alteza se habia aprovechado de la publicidad para derribar á sus adversarios ya haciéndolos imprimir secretamente algunos libelos, ya circulando sátiras manuscritas, ya fijando pasquines, ya como vimos en su lugar escribiendo cartas á manera de proclamas á las ciudades de voto en cortes en las que prometia consultarlas; mas luego que probó las dulzuras del mando absoluto persiguió tenazmente á los libelistas, celó á los que pudieran satirizarle, impuso castigos hasta á las sospechas, y lejos de convocar á los proca-

radores del reino, se abrogó la facultad de nombrar á los que de entre ellos debían asistir á la corte. Sus deseos estaban colmados, y para no suscitarse rivales trató, como dice un escritor de aquellos tiempos, de quitar la escalera por donde habia subido, y echar abajo el puente por donde habia pasado. Escribiéronse, sin embargo, numerosos folletos contra su administracion, que dejaron asaz mal parada su persona, puesto que no contentos sus autores con ponerla en ridículo por sus defectos verdaderos, intentaron arrebatárle hasta la nota de valiente, que una y otra vez habia conquistado en encarnizadas batallas. Ni faltaban en tanto parciales suyos, aunque pocos, que exagerando su valor y su inteligencia procuraban colocarle á la par con Doria, Mortara, Condé y el vencedor de Lepanto; pero las desgracias se multiplicaban de cada dia, y el pueblo propenso siempre á atribuírselo todo al que le gobierna, acogia con avidez cuanto decian sus contrarios, y apenas hacia caso de las defensas de sus amigos.

Unieronse á esto para apresurar el eclipse del bastardo los repetidos reveses de nuestras armas, y fué entonces imposible resistir al torrente de la opinion que á voz en grito le señalaba como á causador de sus desventuras. A todas horas llegaban á Madrid correos, que como los criados de Job, venian solo á participar derrotas é infortunios; llegó la hambre, la peste, el sinitio de Orán, la derrota de Cataluña, la de Ipre, la Saint-Omer y la de Valenciennes; llegaron en fin muchedumbre de nuevas á cual mas triste y desconsoladora, y creyendo los españoles que eran castigos que les enviaba el cielo por haber consentido la espulsion de la madre de su monarca, blasonó de arrepentido, é hizo propósito de restituirla á la corte. No fué afortunadamente necesario ningun esfuerzo popular para alcanzarlo: despechado el infante por el aborrecimiento general con que ya se le miraba, y no pudiendo resistir su orgullo tan manifiesta humillacion, se dejó poseer de una melancolía profunda, que bien pronto dió fin á sus dias en el pueblo de Consuegra, á cuyo punto se habia retirado.

Muerto D. Juan, no pudo el rey contener por mas tiempo los anhelos de su amor filial, y volvió á llamar á la que algunos años antes habia visto desprenderse de sus brazos para ceder la Regencia á un príncipe revoltoso.

Así acabó la dominacion de aquel hombre, que con una ambicion mas justificada y un talento mas positivo, hubiera podido rejuvenecer á España y asegurarse en el gobierno; empero impetuoso en sus pasiones, altivo con los grandes, y frivolo con los pequeños, ni supo remediar uno siquiera de los males que aquejaban á la monarquía, ni sostenerse en el mando que tan alévemente habia usurpado. Verdad es que sus adversarios exageraron su conducta política, atribuyéndole crímenes que quizás ni habia pensado cometer; pero tambien lo es, que sus parciales no han podido vindicarle del despilfarro de la hacienda pública durante su gobierno, ni de la nota de cruel y vengativo que le aplican los escritores contemporáneos. Nosotros, sin embargo, mas justos y mas imparciales que los autores del folleto titulado *Academia política del año 1679*, diremos que el principal defecto de S. A. fué su ingenio pueril y su instruccion escolástica que nada grande le dejaban concebir. El pensamiento dominante de D. Juan era mostrarse culto en sus escritos y versado en las fórmulas de las universidades de aquellos tiempos; y nosotros al oírle decir en una representacion que el pueblo *nemine discrepante* le apoyaba, al contemplar alambicando conceptos y buscando equivoquillos y retruécanos, al mismo tiempo que aspiraba nada menos que á gobernar sin freno á

la nacion española, no podemos menos de repetir lo que le dijo entonces el conde de Peñaranda: «Muy bien suenan estas cláusulas; pero hasta ahora no hemos visto ninguna *gran cabeza* que se precie de semejante filigrana.»

Dejemos ya en Consuegra al hombre ridículamente célebre que ocupó con sus pretensiones todo el primer período del reinado de Carlos II, y veamos el aspecto que se nos presenta la España despues de su derribamiento.—
Pedro Sabater.

LA HIJA

DE JEPHTÉ.

POR ANA MARÍA.



Estónces en su delirio llama á sus compañeras: las ostiga, las hace tomar sus instrumentos; se viste sus mas ricas galas, trenza y perfuma sus hermosos cabéllos que cubre con un ligero tejido; y tomando su arpa de marfil, cuyos sonidos bien conocidos de Jephthé deben hablar á su corazon, baja precipitada al encuentro de su padre.

Las puertas de la ciudadela se abren á sus órdenes, y el enjambre de doncellas sale elevando al cielo aclamaciones de triunfo, acompañadas de los ecos de sus flautas, de sus trompetas de oro, de sus ruidosos címbalos.

¿Herane, donde estás? ¿No has escuchado el voto que salió de los labios de Jephthé; y tu corazon no se estremeció? ¿No puedes venir á detener los pasos de tu bella prometida? ¿No consideras que si tardas te se va á huir llevando consigo la esperanza, el amor y todos los goces de tu juventud? Qué te detiene? Oh! apresura tu bridon, y adelántate al desgraciado padre.

Al acercarse á Maspha, Herane en efecto ha sentido redoblar sus presentimientos; y para conjurar la desgracia que teme se ha separado de los suyos desde la víspera, largo tiempo ha andado por los campos y se ha internado por último en unos senderos mas ásperos pero mas directos, al través de las rocas parduzcas que rodean á Maspha. El rayo incierto del naciente dia le conduce, y su corcel franquea todos los obstáculos, y le acerca con rapidez al objeto á que aspiran sus deseos. Y mientras que Jephthé triste, sombrío, y que no se adelantaba sino con cierto temor, asciende lentamente por los caminos circulares que ha hecho allanar para sus carros y caballos, que en otro tiempo conducian á la ciudadela de sus enemigos, Herane debe llegar bastante á tiempo para detener á Seída en su morada. Ya se acerca; su corazon late de esperanza, de temor y de dicha, vá á volver á ver á la bella Seída, á aquella cuya presencia ha de embellecer en adelante sus dias. Saborea anticipadamente los inefables placeres de la vuelta: pocos instantes faltan....

Ya descubre los muros del recinto; despues distingue las rejas que sombrean los emparrados, y que quizá ocultan á sus ojos la jóven Seída. El los contempla, y procura penetrar su sombra misteriosa.

¿Pero de dónde parten aquellos cánticos que resuenan en las rocas?

Dios de Abraham! Jephthé habrá precipitado su marcha?

El ruido aumenta: ¿cuyos son esos instrumentos alegres? Cuyas son esas voces femeniles que se escuchan en las rocas que no lejos se elevan? él quiere apresurarse mas, pues un calofrio de vago terror circula en sus venas. Pero en los tres meses de ausencia, los arbustos, las zarzas, las espinas de numerosas lianas han crecido en el sendero, han borrado el camino y obstruyen el paso piedras enormes que han desprendido las últimas lluvias de la estación de las tempestades. Por todos lados encuentra obstáculos invencibles; las rocas se elevan encrespadas en derredor de él, y para colmo de su desaliento, Ebano, caballo de las montañas, y acostumbrado á subirlas, ha perdido su destreza con el cansancio de tan precipitada marcha. Pone su pie sobre un pedernal resbaladizo y cae con su amo. Y aquellos acentos, entre los cuales parecele reconocer el de Seída, pasan sobre su cabeza bien cerca de él: llama, grita con esfuerzo:

— Seída, querida Seída, en nombre del cielo, no vayais mas lejos, tornad atrás y esperadme.

Pero su voz, que hace estremecer las rocas, se pierde en el ruido, mas débil, pero mas cercano, de Seída, que producen las flautas, las arpas y las voces de las doncellas que celebran la vuelta de los vencedores.

«Gloria á los que se han señalado vengando á los hijos de Israel, y que han espuesto voluntariamente su vida á todos los peligros! Bendigamos al Señor.»

— Seída, Seída, exclamaba Herane desesperado:

«Gloria á los que se han distinguido vengando á los hijos de Israel!» continuaban las jóvenes felices y triunfantes.

«El Señor ha combatido por ellos, él mismo ha echado por tierra las puertas de las ciudades que han conquistado; los restos de Israel se salvaron; él se ha servido de Jephthé, el caudillo indomable, para esterminar á sus enemigos»

«Que en los lugares en que están esparcidos los restos de los carros destrozados, y la carnicería del ejército de los pueblos vencidos, se celebre la justicia del Señor, y su clemencia para con los valientes guerreros de Israel!»

«Todos los bravos de Israel se levantaron y han combatido; y desde lo alto de los cielos han combatido tambien por ellos las estrellas.»

Herane corria desalado al través de las rocas, guiado por aquellos cánticos cuyos ecos llegaban hasta él. Un momento cesaron. Llama entonces con voz desesperada, pues teme no poder hacerse oír. En efecto, el triunfante coro repitió nuevamente.

«Gloria á los que se han señalado vengando á los hijos de Israel, esponiendo voluntariamente su vida á todos los peligros!»

Y las voces comenzaron á perderse á lo lejos, y solo llegaban á él débiles como la brisa de la tarde.

Herane deja ya de buscar salida; lánzase á las rocas encrespadas que no parecen accesibles mas que al águila de andaz vuelo. En fin, franquea todos los obstáculos, y llega al borde del camino adonde le han guiado los alegres cánticos.

Pero en estos esfuerzos ha perdido mucho tiempo; las jóvenes han salvado ya la distancia que las separaba de la cohorte de los guerreros; y cuando Herane se une á ellas faltó ya de aliento; es para ver á Seída, su querida desposada, arrojarse en los brazos de su padre que la recibe palideciendo.

— O padre mio, bendecida sea vuestra vuelta, exclamó: Gloria á Dios! Gloria á vos!

Pero Jephthé aparta sus ojos con indécible espresion de dolor.

— Bendita sea mil veces vuestra vuelta, repeta, el Señor os ha dado la victoria.... Pero qué teneis? dijo la tierna vírgen con admiracion viendo tan triste acogida. Apartais los ojos de vuestra hija, brillan las lágrimas en vuestros párpados.... Entonces una horrorosa inquietud hiere su espíritu como una lanza aguda. Luego añade temblando, Herane....

— Herane vuelve vencedor como nosotros, respondió Jephthé.—Pero hija mia, oh! gran Dios! ¿qué has hecho? y oculta su rostro entre sus manos.

— Padre mio, es así como recibís á vuestra hija?

Herane se acerca en este momento; pero murmura:

— Ya es tarde! Señor tened piedad! y se siente desfallecer; palidece, y hubiera caido á tierra como un arbolillo truncado por el ábrego si uno de los suyos no le hubiera sostenido.

Seída contempla á ambos con sorpresa, y dice elevando sus manos y sus ojos bañados en lágrimas hacia ellos:

— ¿Qué ha acontecido, qué ha hecho yo?... Cuando vengo, llena de alegría, para abrazar á mi padre triunfante; cuando vengo á celebrar su feliz vuelta, no encuentro mas que rostros consternados. Si yo no hubiera visto de lejos vuestros ricos despojos, y si no hubiera escuchado las músicas del triunfo, creeria que el enemigo se hallaba á nuestras puertas.... Pero padre mio! Herane! oh! decid, hablad; qué ha sobrevenido? Mi sangre se hiela en mis venas, y ya no sé qué pensar.... Ay! la victoria debe costarnos sangre y lágrimas?

— Oh! sí, sangre y lágrimas! murmuró Jephthé.

Y cada cual apartaba sus ojos de la jóven é inocente Seída, que sonreia aun á todos con un resto de esperanza y parecia interrogarles con su cándida y bella mirada.

Después de un largo silencio fué menester hablar por fin, y Jephthé dijo:

— Me huia la victoria, y para obtenerla hice un voto, hija mia.—Seída miró á Herane: viole pálido y trémulo, y sintióse ella tambien á su vez palidecer y temblar.

— En mi ardor por vencer, continuó Jephthé, he prometido al Señor el primer ser viviente que se ofreciese á mi vista, cuando tornara triunfante á Maspha. Yo le dije: Señor, escoge tu holocausto.... Y lo ha escogido.... Oh! exclamó, con una esplosion de dolor varamente contenido, á qué precio me ha hecho el Señor pagar la victoria!

Seída habia caído en estas palabras en los brazos de sus compañeras. Las rosas de su tez se habian desvanecido, sus ojos se habian cubierto de un velo; creyó morir entonces; y sin duda mas de una vez, después de estas horas de angustia, echó menos que la muerte no la hubiese hecho salvar los dolores que aun la quedaban que arrostrar.

Así fué llevada Seída á Maspha. Habia salido una hora hacia vivaz y or nada de todas las venturas y de todas las esperanzas mas rientes de la juventud; y tornaba con un corazon donde todo acababa de desvanecerse, menos el dolor agudo, indestructible, que ya no la dejará.

Herane estaba cerca de ella, taciturno y sin voz. El tambien acababa de ver todas sus esperanzas destruidas en un momento; allí estaba, pues, como el labrador que cercano ya de recoger la cosecha de sus fértiles campiñas, acaba de ver al huracan dispersar las doradas espigas que formaban la esperanza y la riqueza de su porvenir.

Los vestidos desgarrados del mancebo, sus manos ensangrentadas, mostraban qué obstáculos habian detenido su presteza y la habian hecho inútil.

Jephté estaba sumergido en un terrible estupor.

— Dios lo ha querido, dijo en fin.... Sin duda he merecido este tremendo castigo por mi imprudencia, ó por faltas cometidas en esta sangrienta lid. Seída, querida y desdichada víctima, perdóname.

Seída, salida de su desmayo, sollozaba sin tener fuerzas para responder. Jephté continuó despues de un silencio lleno de agonía:

— Decreto es sin duda del Todopoderoso el que yo vea extinguirse mi familia. No tendré hijo ni hija que cierre mis párpados al morir: nadie perpetuará mi raza, y mi nombre como un tronco mutilado no brotará nuevas ramas. Ninguna gota de sangre se mezclará á la del Salvador prometido.... No estoy bastante humillado!... Pero yo lo he merecido sin duda, y yo espío algun crimen desconocido; pero vosotros, pobres jóvenes, ¿qué habeis hecho?

— El Dios de Israel es un Dios celoso, dijo Seída; y desde que Herane vino aquí, yo solo pensaba en él. Y la joven cruzaba sus manos sobre su pecho con humilde temor. Pues como recuerdo quizá de la falta original, cuanto mas pura y timorata es el alma, mas cercana está de creerse culpable cuando sufre una grande aflicción.

Herane oculto entre los pliegues de su capa, no respondia nada: parecia sostener una lucha interior.

Thola, testigo mudo de tal desolación, dijo con profunda espresion de dolor:

— ¿Por qué crimen nos castiga Dios? ¿No hemos sido siempre fieles á sus santas leyes? ¿Desde cuando hiere así á sus servidores?

— Pero Jephté respondió despues de un momento de dolorosa reflexion:

— Oh! hermano mio, humillemos la frente en el polvo! Ay! nuestros hijos no espían hoy la sana insensatez de sus padres!... Esta ley se ha seguido sin interrupción desde los tiempos de nuestros primeros padres; ley terrible de que la tierra tardára en verse libertada! Nuestros libros lo dicen, Thola. «Los padres han comido uvas verdes, y los dientes de los hijos se han resentido de su amargor.

— Pero tambien dicen: «La víctima espía y rescata.»

— Si es así, dijo Seída, padre mio! La muerte que rescata vuestras faltas ó vuestros dolores, mal sufridos quizá, yo la arrostraré sin quejarme! Ah! no temais que yo intente libertarme! no, no! vamos á la montaña, os seguiré como Isaac siguió en otro tiempo á su padre.... Herane, adios, añadió Seída; pero detúvose, pues su voz estaba trémula, y los sollozos la oprimian.

— Adios, volvió á decir ella con apagado acento, sé un hijo para mi padre, consuela su dolor.

III Salió entonces Herane de su inamovilidad. Arrojóse entre ella y Jephté, y exclamó con vehemencia:

— Pero qué pensais? Esta muger que habeis ofrecido al Señor no es vuestra, no, solo es mia. Vos me la habiais prometido por esposa siguiendo nuestras leyes y nuestros usos. Mirad, en su dedo lleva el anillo de las nupcias que vos.

mismo habeis celebrado. ¿Cómo habeis podido disponer de mi felicidad? Padre insensato, ¿qué has hecho? Habia venido yo á pedirte tu hija? Yo vivia dichoso y tranquilo, yo iba á contraer un lazo pacífico; tu le has roto para lanzarme en las esperanzas inquietas de un amor que no busqué. Y ahora que este amor ha seducido mi alma, y que no puedo vivir si no logro ver colmados mis votos, tú vienes á imposibilitarlo.

Oh! esta vez, no me hallarás tan dócil! Si tú quieres inmolar á tu hija es menester que vengas antes á arrancármela. — Y con rápido movimiento, asió á la doncella y la llevó lejos de su padre á la otra estremidad de la estancia, y se colocó delante de ella, pronto á defenderla como el águila defiende sus hijos.

Nada replicó Jephté; nada hizo para sustraer á su hija de Herane. Quizá se hubiera alegrado de que la violencia le impidiese cumplir su sacrificio. Thola tampoco hablaba nada, ¿y qué hubiera podido decir? Pero Seída, dirigiéndose al jóven hebreo, murmuró con voz dulce y bañada en lágrimas:

— Herane, ¿quién puede resistir al Señor que conserve la paz de su alma? Ay! aun no te pertenecía, tú lo sabes y este anillo que recibí de tí, ¿no recuerdas que hubo un momento en que estuve para dártelo? Así, él no nos liga irrevocablemente. Oh! el Señor es el mas poderoso; no le resistamos! La audacia mas fuerte de Israel queda humillada á la sola mirada del Eterno: El me quiere; así es menester ceder! Herane, no atraigas sobre tí su cólera, pues es terrible; y me sumiria en la amargura el ver que la habias merecido.

Herane, añadió cada vez mas conmovida, á quien yo habia creído poder llamar el amado de mi corazón, es menester que te deje! oh! dame valor, necesito tanto para renunciarte, Herane, no seré tu esposa; no, todos los goces que yo me habia prometido me han sido arrebatados. No obstante, ánimo, Herane, el hombre vive poco en la tierra, y sus dias son cortos é infelices; pero que eleve sus esperanzas á Dios; este, no le engañará. Despues de haber cumplido la voluntad del Señor, nos volveremos á encontrar un dia en el seno de Abraham, cerca de Isaac, de Jacob, de nuestros abuelos, y allí disfrutaremos juntos las delicias prometidas á los que aman. Herane, adios, déjame partir! Escucha aun, toma este anillo, le darás á Zelpha! continuó Seída con grande esfuerzo; despues añadió casi fuera de sí:—Ahora ya puedo morir padre mio!

Thola miró á su hijo, y dijo á Jephté:—Hermano, los hijos de Herane perpetuarán tu raza; mi hijo será el tuyo.

Pero levantándose Herane exclamó.

— Padre mio, y vos padre de Seída, escuchad mi juramento! Jamás otra muger será mi esposa, lo juro, ante el Señor!

Y atravesando la estancia con paso rápido, desapareció murmurando un triste ¡adios! que repitió el eco de las montañas, y todos temieron no volverle á ver mas.

Entonces Seída, acercándose á Jephté, le dijo temblando:

— Padre mio, me es preciso calmar mi corazón, pues está muy combatido por las pasiones terrenas. Dejad que me retire á las montañas para llorar allí mis esperanzas y mis venturas desvanecidas; yo os presentaré la víctima cuando sea digna del Señor, cuando sepa morir con alegría.

Y Seída, seguida de las compañeras de su infancia, se fué por las montañas y lloró mucho tiempo.

Lloró las felicidades de sus floridos años, la esperanza tan pronto perdida en su juventud, y á aquel jóven amigo de que habia creído ser la compañera. Lloró la noble esperanza que alimentaban todas las mugeres hebreas, de ser contada en la ascendencia del Salvador, gloria tan alta que ennoblecía el oscuro destino; pero este llanto no era acompañado de ningun murmullo. Aceptaba, al contrario, el sacrificio y cantaba con sus compañeras alabanzas á Dios.

Gloria á Dios! decia:

Bendito y alabado sea por siempre el Eterno!

Ha creado los cielos para que cuenten sus maravillas á la tierra, ora los haga fulgar con las brillantes lumbreras del día, ora permita á la noche que los vele con sus misteriosos y encantados crespones. Ha hecho la tierra para ostentar la pompa de su magnificencia, y ser loado por sus esplendores. Ha hecho al pájaro para que cante; las flores para que se abran á los besos perfumados de la primavera; los vientos para que vuelen en las llanuras; todas las cosas y todas las criaturas para que le alaben y bendigan en el goce feliz de la existencia que les presta. Solo el corazon del hombre es el que ha sido creado para alabar y bendecir igualmente su bondad, así en la dicha como en las lágrimas; así en la tristeza como en los placeres; así en la cumbre de sus venturas de un día, como en los abismos de sus desgracias tambien efímeras. Pues la vida del hombre en la tierra no es mas que un tránsito á su verdadera vida: y qué importa lo que llene este rápido tiempo!

Gloria á Dios!

Bendito y alabado sea por siempre el Eterno!

Con tales sentimientos volvió á su padre, despues de haber llorado dos meses por las montañas, el cual cumplió con ella el voto que habia hecho al Señor.

Despedida á la Academia de Marsella. ()*

Si abandono al capricho de las olas:
Mi parte de ventura y de sosiego;
Si hija y esposa al piélago le entrego,
Y con ellas mi amante corazon:
Si lanzo al mar, al viento, á las arenas,
Esas vidas, mi gloria y mi embeleso,
Sin mas prendas de un próspero regreso,
Que un mastil que ha tronchado el alquilon;

No es, no, porque la sed del oro abraze
Mi pecho, dó mas noble afecto vive,
Ni porque de la gloria me cative
El inconstante, engañoso fanal:
No es, no, porque del Dante la fortuna
Me arroje al seno de estrangeros mares,

O me obliguen las iras populares
Del destierro á comer la amarga sal.

No: de un valle en las fértiles laderas
Sitios, dejo con lágrimas, amenos,
De recientes recuerdos dulces llenos,
Y que hoy muchos contemplan con dolor.
Dejo á la sombra de los altos robles
Un mágico retiro, dó mi alma
En perpétua ventura y paz y calma,
No oye de las facciones el rumor.

En nosotros pensando, un padre anciano
Tiembra allí al son del viento en las almenas,
Y pide al Hacedor que ondas serenas

(*) Estos versos son traduccion de una de las mas bellas y menos conocidas composiciones del célebre poeta R. de Lamartine. Escribióla en Marsella pocos dias antes de embarcarse para su viaje á Oriente, en 1832, cuya relacion publicó poco despues de su regreso.

Mezan la nave que nos lleva en sí;
Fieles criados, buenos labradores,
Nuestras pisadas buscan abatidos,
Y responden con lugubres ahullidos
Mis perros, si oyen preguntar por mí.

Hermanas tengo, ramas que debieran
Del mismo tronco ser gala conmigo:
Tengo, precioso bien, mas de un amigo
Que lee en mis ojos y óyeme pensar.
Tengo desconocidos corazones,
Misteriosos amigos de mi mente,
Eco: donde mis cantos dulcemente,
Para volverá mí, van á sonar.

Mas tiene el alma instintos que natura
Desconoce, al instinto semejantes
De las aves, que el mar cruzando errantes
De un lejano sustento en busca van.
¿Qué piden á los climas de la aurora?
¿Bajo de nuestros techos musgo y nidos,
Y para sus polvuelos los caidos
Granos de nuestras heras no hallarán?

Yo el cotidiano pan tengo cual ellas.
Y el espumante rio y la colina:
Es, cual la suya, mi ambicion mezquina,
Y parto, y cual las aves volveré;
Mas algo, cual á ellas, á la aurora
Me llama; mas no visto, ni tocado
Aquel suelo de Cam al hombre ddo,
Que del linage humano el barro fué.

No he surcado los piélagos de arena,
En la viviente nave del desierto;
En el pozo de tres palmas cubierto (1)
No he bebido; en el polvo dó de job
Dios probó el sufrimiento, no he velado:
De noche entre los Arabes errantes,
Al rumor de las lonas palpitantes,
No he soñado los sueños de Jacob.

No conozco una página del mundo;
Ignoro como en ella el astro luce;
Qué impresion en el ánimo produce
El pensar que se acerca el Hacedor?
Al pie de una columna de dó baja
La sombra de los siglos al poeta,
No sé qué dicen á la mente inquieta
La soledad, el céfiro, la flor.

No he oido resonar entre los cedros
La voz de las naciones: sobre Tiro,
No he visto desplomarse en rando giro,
De Dios á la suprema intimacion,
Las proféticas águilas del Libano:
Donde Palmira fué no he reclinado
Mi sien, bajo mi pié no ha resonado
El imperio vacío de Memnon.

No he oido cual del fondo de sus simas,
Mas que el profeta de Anatot (2) sublime,

(1) *El pozo de Hebron.*

(2) *Jeremias.*

En sus orillas se lamenta y gime
La sagrada corriente del Jordan:
No he oido cual en mi canto mi alma
En la gruta dó el bardo rey sentia
Inundarle en torrentes de armonía
Los salmos que inmortales durarán.

Y no he seguido las divinas huellas
Donde bajo el olivo lloró Cristo:
La impresion de sus lagrimas no he visto
Que conserva su eterno resplandor:
En éxtasis sublime sumergido,
No he velado una noche en aquel huerto
Donde de sangre y de sudor cubierto
Bebió el amargo-caliz del dolor.

Y en el polvo mi frente no he inclinado
Donde impresa al partir quedó su planta;
Y no he besado con fervor la santa
Tumba donde su madre le lloró;
Y no he doblado la rodilla en donde,
De su vida mortal rotos los lazos,
Para ceñir el mundo abrió los brazos,
Y para bendecirle se inclinó!

Por eso parto y doy á la ventura
De mi ya inútil existencia el resto.
Que el viento en este margen ó el opuesto
Sacuda el tronco estéril; qué mas dá?
Clama el vulgo: ¡insensato! No! do quiera
Todos aqui no encuentran su sustento:
Es del poeta pan el pensamiento,
Su vida son las obras de Jehová!

Por eso ¡oh padre mio! adios os digo;
Adios, mi hogar, adios, hermanas mías;
Mis caballos, mi perro; mis umbrías
Florestas abandono por partir.
Vuestra imagen me sigue, de mis desdichas
Cual sombra que á mi ausencia se resiste.
¡Ah! plegue á Dios que luzca menos triste
La hora que nos debe reunir!

Y tú ¡oh suelo entregado á mas embates,
Que este a que me abandono, fragil pino!
¡Oh suelo que contiene el destino
Del mundo, adios! adios, suelo natal!
¡Ojalá que rasgando Dios la nube
Que templos, trono y libertad rodea,
De tu inmortalidad lucir se vea
Pronto en tu sacra margen el fanal!

Y tú, Marsella, en la francesa orilla
Sentada cual matrona hospitalaria,
Nido seguro en la fortuna varia
De los bajeles, aves de la mar;
Ciudad que dejo con dolor profundo,
Tú, cuya imagen en mi pecho vive,
Tú, mis últimos votos hoy recibe
Y mi primer saludo al regresar!

EUGENIO DE OCHOA.

(Traducción de Lamartine.)